

REESCRIBIR EN EL AIRE: BIOPOLÍTICA, MITOLOGÍA Y HETEROGENEIDAD EN LAS LITERATURAS NORTEÑAS MEXICANAS

I

La breve aproximación a un espacio literario-cultural probable y reciente, que se presenta a continuación, parte de algunos procesos y sucesos de la experiencia de colonialidad¹ mexicana, en un extremo; en otro, de algunos aspectos releídos como formas biopolíticas, y relacionados con el crimen organizado, la migración, la incidencia del tardocapitalismo radical, así como de diversos espacios y momentos identificados por la crítica reciente, como pueden ser la problematizada idea de frontera, el norte mexicano y algunas posibilidades del postnacionalismo y un escenario posthumano².

¹ Aquí se toma el término “colonialidad” como la experiencia total de la modernidad latinoamericana en los términos en los que la han definido los estudios postcoloniales latinoamericanos, es decir, como un proceso que habría dado comienzo con la Conquista y que no habría terminado. En este sentido, Walter D. Mignolo argumenta un segundo y fuerte momento de la experiencia de la colonialidad tras el nuevo orden mundial establecido después de la Segunda Guerra Mundial; así también, siguiendo el proyecto de Arturo Escobar, arguye motivos para no separar el término de la noción de modernidad: “No existe modernidad sin colonialidad, ya que ésta es parte indispensable de la modernidad” (Mignolo, 2007: 18).

² En términos de Sloterdijk –y en relación a la cuestión posmoderna–, la crisis del humanismo –como posthumanismo– partiría del agotamiento de sociedades que habrían sido concebidas desde narrativas centradas en núcleos de valor, como “el amor” o “la amistad”, a la manera de “sueño[s] o fantasía[s] sectaria[s]” (cfr. Vázquez, 2009: 7). Aquí se considera que naciones-Estado como México

De acuerdo con esto, se parte de la sospecha de que en los momentos de mayor dinamismo, violencia epistémica, desterritorialización, desplazamiento de grupos humanos, etc., como el actual en México –o el de la Revolución, por ejemplo–, diversos regímenes biopolíticos³ se activan, quedando su incidencia

habrían entrado a un punto en el que no sólo se habrían superado dichos lazos de unión, sino que, incluso, aquellos concebidos como “ligas alfabetizadas de amistad compulsiva” (Vázquez, 2009: 7), lo que correspondería a un momento de hegemonía nacional, se habrían visto erosionados por la emergencia de fuerzas posteriores a lo nacional en sí, y ejercidas desde incidencias del crimen organizado y los poderes estatales corruptos. Pero también desde espacios aún no claramente definidos y nombrados en los que parece primar una constante: una baja valoración de la vida; o, incluso, la posibilidad de su ausencia o su negación en el corazón de la representación. Así, a grandes rasgos, una serie de sistemas –como el económico– y una serie de colectividades –como las del crimen– habrían comenzado a actuar con autonomía a los conocidos como valores humanos y nacionales.

³ Dentro de una perspectiva poscolonial, las nuevas historiografías han intentado reescribir el llamado *encuentro entre dos mundos* como uno de los más violentos procesos de desterritorialización que se pueda registrar en la era moderna occidental. Este *encuentro* que, entre otras cosas, desplazó las nociones geopolíticas del conocimiento y la idea que hasta ese momento se tenía acerca de las extensiones y límites de lo humano, rearticuló en varios niveles –y con una fuerza hasta entonces desconocida– lo que Michel Foucault llamó en su periodo de estudio de la década de los setenta “múltiples regímenes de poder que operan en diferentes niveles de generalidad” (cfr. Castro-Gómez,

manifestada en un tipo de literatura que podríamos denominar *de cultura popular* –desde William Rowe—; *heterogénea* –desde Cornejo Polar—; o *alternativa* –desde Martin Lienhard—.

Salvando, por el momento, las diferencias que subyacerían a estos tres modos de lectura de ciertos fenómenos literarios no centrales, lo que también se quiere sugerir es que no sólo hay conflictos culturales, de tradición, de voz o de escritura en este tipo de literaturas, sino también de re-presentación –en cuanto a un *mostrar la realidad*— y de representación –en cuanto a una intencionalidad de *hacer hablar o hablar por* determinados sujetos—, según el conocido debate del que parte Gayatri Spivak en su más célebre ensayo⁴. Así como de desmontaje de cuestiones raciales e incidencias de micro y biopoderes. En este sentido, lo que aquí se pretende esbozar es que la incorpora-

ción de la biopolítica⁵, como constructo que toma a la *población* como *problema político*, y a la que hay que administrar, dentro de las reflexiones preocupadas por un tipo de literatura que fabule y problematice relaciones de etnia, raza, clase y poder, constituye un movimiento que puede contribuir al desmontaje de una conceptualidad nacional, que sólo habría sabido aproximarse a las literaturas norteñas desde su punto de vista.

Esta instancia de lectura de literaturas como las de Daniel Sada, Luis Humberto Crosthwaite o David Toscana, conecta con movimientos que han insistido en leerlas desde *su propio centro*. Sin duda, estas peticiones presentan ya un principio de emancipación, pero la propuesta aquí es reflexionar en cuanto a condenas un tanto más enrevesadas, como que dicha centralidad no habría abandonado la oposición entre naturaleza y cultura, instaurada por el colonialismo y la colonialidad, revelando, acaso, enunciados y modos de ser y estar que formarían parte de lo que Jacques Derrida denominó “lo impensado” (1989: 390). Y lo “impensado”, en este contexto, estaría ahí en donde desde los puntos de vista nacionales, determinados sujetos seguirían siendo inferiores, dependientes culturalmente y sensibles a funcionar como motivos coloridos, exóticos y provincianos. Liberar, de algún modo, y de una buena vez, a *dichos sujetos*, sería el acto más notorio en novelas “norteñas” recientes, como *El amante de Janis Joplin* (2001) de Elmer Men-

2008: 210). Dichos regímenes le habían servido para definir la noción de biopolítica, la cual, a su vez, le llevó a esbozar una teoría “heterárquica” del poder, ahí en dónde éste no se dispersa o ejerce de manera jerárquica. Desde este punto de vista, “la vida social es vista como compuesta de diferentes cadenas de poder, que funcionan con lógicas distintas y que se hayan tan sólo parcialmente interconectadas” (Castro-Gómez, 2008: 166); punto de vista que en el caso de lo colonialidad-modernidad incluiría no solo cuestiones económicas y comerciales, sino dispositivos de regulación de razas, cuerpos y hasta sistemas de comunicación.

⁴ A Spivak, el establecer la diferencia de las dos acepciones de “representar”, la lleva a hacer notar como para Marx –a partir de un pasaje del *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*— la noción de “clase” no era algo fijo y cerrado, sino “[...] un concepto descriptivo y transformador”; su formación es “artificial” y económica (Spivak, 2009: 57). Marx crea entonces modelos de un sujeto “[...] dividido y dislocado cuyas partes no son continuas o coherentes entre sí” (Spivak, 2009: 57). Manuel Asensi lo explica con precisión: “[N]oción de clase en la que ésta no es concebida como un sujeto (grupo) unitario con un interés y un deseo comunes. Al contrario: para Marx la clase es algo artificial creado por determinadas condiciones económicas de existencia. No hay esencialismo de clase y, por consiguiente, el sujeto de la misma está dividido y fracturado” (Asensi, 2009: 16).

⁵ La propuesta es que no se ha superado una política moderna, sobreviviente de la experiencia colonial, y que es, ante todo, una política de raza. Así, el racismo habría sido, desde el inicio, uno de los componentes base de una experiencia colonial americana, que habría terminado por instaurar en el seno de toda forma de gobierno precedente la idea de que la vida es un bien que tanto puede generarse y mantenerse como hacerse desaparecer, desde diversos modos de *biopoder*, que presentaron la idea de “raza” como la “diferencia sustantiva”, la cual a su vez habría ayudado a decidir quién debe morir y quién vivir (de Oto y Quintana, 2010). Bajo esta suerte, la historia de México y su literatura puede ser concebida como una variante de este principio “de vida”, lo que ayudaría a comprender un tanto más la situación actual.

doza, *Mi nombre es Casablanca* (2005) de Juan José Rodríguez o *Duelo por Miguel Pruneda* (2002) de David Toscana. Esto y otras estrategias de resignificación de lo local, y de vaciado de los símbolos impulsados desde la Ciudad de México: la fertilidad mítica de la sierra; las secas aventuras del desierto; la fantasmagoría de la cantina como principio de construcción social... En éstas, la violencia y el crimen son una presencia no sólo constante, sino fundamental, pero aún así destaca una dimensión biopolítica, se cree.

Dicha dimensión, acaso, presenta un continuum propio de *este tipo* de literaturas. Da cuenta de macroprocesos de des/re-territorialización, que aquejan a enormes porciones geográficas y culturales de América Latina: Centroamérica y las guerrillas durante los años setenta y ochenta; Colombia como geografía del crimen militarizado en los noventa; y el norte de México como escenario *post-humano* en la últimas décadas.

Una de estas geografías dinámicas, anterior, sería la andina, desde la cual Cornejo Polar concibió la heterogeneidad. Esta forma de leer, que aquí se quiere descubrir como poscolonial *a priori*, permitió llevar un periodo muy dinámico de la literatura a un complejo vasto de procesos histórico-sociales, en el que la literatura es tanto expresión como respuesta no sólo de nuevas condiciones socioculturales del encuentro desequilibrado entre culturas, sino de, se presupone, el ejercicio de máquinas epistemológicas –y biopolíticas–, bien definidas por “un juego *fundado*” desde un cierto origen (Derrida, 1989: 384): el del choque de civilizaciones y culturas múltiples y difícilmente cohesionadas. El México más indígena o El Perú, en este sentido, constituyen un paradigma geográfico-epistemológico, cuyo estudio desde la identidad resultante del punto de vista de la heterogeneidad –y de ese “sujeto migrante” que disuelve la noción coherente, unitaria y homogénea del sujeto de la narrativa occidental (Bueno, 2002: 174), que el mismo Cornejo Polar articularía más tarde— puede ser trasladado bajo esas relaciones llamadas de “sur a sur” a otras geografías en las que el di-

namismo, la violencia y la fuerza de los procesos biopolíticos, de colonialidad e imperialismo han sido particularmente representativos.

La idea es mostrar aquí que algo parecido – algo que se repite, se reproduce, aunque con caras nuevas— sucede en el norte de México y la zona de frontera con Estados Unidos, y se refleja en una literatura que se distingue de aquella que aún puede leerse desde unos parámetros de unidad nacional o de las clasificaciones teóricas que *continúan* o *descontinúan* las nociones del *boom* y el *posboom*. Así también las teorías de los posmodernismos literarios (entiéndase los trabajos de Fredric Jameson, Linda Hutcheon o Beatriz Sarlo), los *latino Studies* en la academia estadounidense, e incluso los estudios literarios “de frontera”. Y es que en muchas de estas literaturas lo que resurge es un conflictivo cruce biopolítico; narraciones acerca de violentos encuentros culturales y manifestaciones e incidencias diversas de desterritorialización.

II

Partimos, entonces, de la idea de que la zona norte de México, la frontera, y el sur de Estado Unidos constituyen un espacio en el que es posible identificar nuevos sujetos de representación literaria –hasta aquí nada nuevo—, pero también nuevos sujetos de enunciación. Éstos cuestionan y descolocan a los sujetos fijados por la tradición nacional, los cuales habrían venido actuando como reproductores, y cuyas acciones estarían “[...] indisolublemente ligada al flujo vivo de actuar y hablar” (Arendt, 1998: 210-211). Estos sujetos que ahora enuncian rompen ese flujo, precisamente, aunque presentando nuevos modos ante viejos y consabidos conflictos.

Y es que en este espacio, siempre cambiante y sin límites bien definidos, se han dado una serie de fenómenos de aceleración de la historia y de incidencia de los macroprocesos globalizantes y mundializantes, causando desplazamientos y constantes resignificaciones identitarias, comparables a los experimentados a partir del ya mencionado *encuentro*, así como a

otros álgidos momentos de la consecución de los proyectos descolonizadores, nacionales, populistas y revolucionarios. En este sentido, la incidencia de la noción de *patria criolla* –con todo y sus mecanismos de definición, acomodo y uso de la tradición y la diferencia—; el movimiento revolucionario de emancipación –la llamada Guerra de Independencia—; los diversos modos del nacionalismo, ya sea en la Reforma o en el Porfiriato; la Revolución Mexicana –con el dinamismo y violencia con la que ahí emerge la cuestión racial y étnica—, así como otros hitos de la historia nacional, se presentan no sólo como umbrales que marcan formas de continuidad o discontinuidad histórica, sino como tiempos y espacios destacados por una aceleración, rearticulación y reinstauración de diversos micropoderes, en donde destaca una dimensión biopolítica, que insiste en reordenar espacios; uno de éstos sería “el norte” en las últimas décadas.

Ahora bien, dicha dinamización de la totalidad social, económica y cultural ha acelerado, en dichos momentos puntuales, los procesos de transculturación y de heterogeneidad en el seno de violentos encuentros y desencuentros. Además, esta dinámica de discursos ha venido provocando la emergencia de un tipo de producción literaria comparable a los modos de representación de las crónicas de la conquista, la literatura indigenista, gauchesca, negrista –formas de literatura en las que Cornejo Polar ha identificado un choque de culturas y civilizaciones—. Aunque esto en su vertiente más radical. Así también, formas reorganizadoras de la diferencia –como la novela de la tierra o la de la Revolución—, aunque ya –se quiere pensar— desde las posibilidades de descenramiento que subyacen a literaturas como la de José María Arguedas en el Perú, o las de Rulfo, en México, cuya continuidad menos oficialista puede encontrarse en la escritura de Jesús Gardea. La escritura de éste constituye un ejemplo excelente en el que las formas nacionales/universales funcionan como un armazón capaz de estructurar visiones de mundo más o menos únicas.

El problema, desde la heterogeneidad, entonces, surge cuando determinadas literaturas –y la crítica de éstas— se presentan como representativas de un territorio determinado, de una totalidad homogénea; el problema es la llamada “literatura peruana”, “mexicana” o “latinoamericana” y, en gran medida, la universalización de dicha literatura desde el *boom*. Y a partir de esta primera aproximación a la noción de heterogeneidad ya surgen preguntas: ¿las llamadas literaturas *del norte* o *de frontera* son más o menos mexicanas (o *hispanas*) que aquellas enunciadas en la capital o en territorio nacional *estable*? ¿Forman parte de una tradición moderna, nacional? ¿Al desplazarse, multiplicarse o enrarecerse los lugares de enunciación, qué sucede con las identidades y las unidades subjetivas y sus representantes? Y estas literaturas, ¿representan modos, profundidades y posibilidades de la mexicanidad o de lo latinoamericano? ¿O de algún tipo de aquellas categorías totalizantes? Lo que es más, ¿son literaturas en las que cuestiones biopolíticas se presentan como centrales, tanto en el nivel temático, en el del significado y en la pragmática sociocultural con la que se relacionan?

III

Cornejo Polar prefiere buscar la referencialidad en literaturas que reflejen la naturaleza “no-orgánica” de las naciones –según la idea de José Carlos Mariátegui—; es decir, en la *diferencia*, en el seno de la literatura heterogénea misma. Y de aquí la famosa frase: “literaturas situadas en el cruce conflictivo de dos sociedades y dos culturas” (Cornejo Polar, 1978: 8). Y que reflejen, en un primer momento de aproximación, realidades nacionales desintegradas, pero no en el contenido, sino al nivel del *modo de producción textual*, esto es, en el mismo sistema literario que las produce. También se trata de cómo éste funciona dentro de la nación no-orgánica, en un proceso de vuelta.

Pero lo importante de este desplazamiento no radica sólo en fijarse en la diferencia –el

campesino del desierto, el burgués de provincias, el serrano—, sino en el “sistema literario” que participa en la reproducción de las fracturas nacionales, porque la materia prima de la literatura nacional —la escritura— hace que ésta sólo se produzca y circule dentro de uno de los mundos —el occidental—, sin lograr cruzar el puente hacia lo indígena (Tarica, 2009: 131) —o lo provinciano; o lo rural—. En este sentido, pareciera que en el ahora se descalificaría de entrada a un sistema literario que participara de manera tan *cerrada* y *exclusiva*, para decirlo en términos de Cornejo Polar, en proyectos de violencia epistémica, de exclusión. Esta cuestión se le exigiría a la “literatura mexicana”, pero no a la ficción audiovisual nacional o estadounidense, por ejemplo, tan prestas a recurrir a imagotipos e identidades fijas. Sin embargo, si se desplaza levemente la dirección de la mirada y se intenta leer más allá de los manuales y las historias de la literatura mexicana, parece más que probable escribir la historia de los intentos y fracasos de *inclusión* por parte de los distintos proyectos de modernización y conciliación con la tradición —Octavio Paz a la cabeza—, o de mestizaje y enunciación identitaria *definitiva* —Carlos Fuentes a la cabeza—, en el caso de México. Para Cornejo Polar, éstos fracasan siempre ya que no pueden escapar a la escritura y a su condición ajena de las producciones orales indígenas. La literatura de éstos es un acto y un evento social (Cornejo Polar, 1994: 20-43) que parte de la letra, y es esta la diferencia entre colonizador y colonizado. ¿Pero qué pasa cuando una literatura ya no pretende incluir, sino marcar la fragmentación, utilizarla? Esto nos sugiere una literatura que intentaría “[...] plantear expresamente y sistemáticamente el problema del estatuto de un discurso”, el sistema literario en el que se inserta y del que se escapa, y “[...] que toma de una herencia los recursos necesarios para la desconstrucción de esa herencia misma” (Derrida, 1989: 388). Un buen ejemplo lo constituyen las novelas ya mencionadas. La de Rodríguez, por destacar un aspecto, propone una dialéctica norteña alterna: la contraposición entre placer y muerte como una constante de “vida”, paradójicamente, que nada tiene que ver con las

fabulaciones mexicanas al uso. Estos movimientos proponen nuevas mitologías contemporáneas, norteñas.

A esto se puede sumar el desfase que seguirían presentando enunciaciones de la literatura nacional que siguen *funcionando* “[...] en los bordes de sistemas culturales disonantes, a veces incompatibles entre sí” (Cornejo Polar, 1994: 11), pero buscando la conciliación, la traducción, el lado amable y nacional de las cosas. Por ello no interesa, por poner un ejemplo, un *best seller* como *Como agua para chocolate* (1989) de Laura Esquivel, novela ya enunciada en un posible periodo de problematización mayor de la *unidad* y la *fractura*, y en el que una serie de rasgos de la diferencia y la otredad se reescriben bajo la simplificación y la traducción de formas de la cultura popular y la sublimación de un sistema de clase, raza y etnicidad muy bien delimitado; sistema “norteño”, por cierto. Interesan, más bien, literaturas en las que inciden —en un doble juego de modelización y reflejo siempre ideológico, nos recuerda Manuel Asensi (Asensi, 2007: 136)— realidades dinámicas que provienen de los desplazamientos, la problematización de fronteras y, muchas veces, la aparición de nuevos sujetos que destruyen las viejas dicotomías que contraponían colonizador y colonizado; ciudad y campo; dominador y dominado; nacional y extranjero, capitalino y norteño y, claro está, naturaleza y cultura. La mencionada novela de Toscana, en este sentido, rompe las consabidas contraposiciones a partir de un tono de reto. Su escritura busca provocar reacciones estéticas, morales o ideológicas; busca lectores que a su vez deseen “[...] comprender el mundo de otra manera” (Toscana citado en Moreno, 2004: 23). Y es que ese mundo es otro.

Se trata, en un amplio sentido, de descubrir cómo un variado y heterogéneo grupo de sujetos —los escritores “de” o “desde” el norte y los entes que fabulan— piensan, ven y entienden ese mundo particular que emerge en determinadas geografías en las que continuidades propias ponen en tela de juicio las formas fijas de la colonialidad, la nacionalización, la geopolítica, el populismo católico o el nacio-

nal; así como la relación con el aparente sujeto unitario mexicano. Y con esto reaparecen espacios míticos como Tenochtitlán en el lado mexicano de la frontera; o un Aztlán heterogéneo en los territorios de los mexicoamericanos. Pero también espacios propios, plenos de sentido, como el desierto visto desde otras instancias, o incluso geografías urbanas que adquieren el papel de mitos contemporáneos de enorme fuerza, como Tijuana o Ciudad Juárez.

Así, el territorio se resignifica y los sujetos no sólo tienen que convertirse en migrantes típicos, sino que son desplazados física y epistemológicamente con enorme rapidez aún en sus lugares de origen. Esto quiere decir que las identidades se reacomodan y se renegocian, adoptando modos nuevos de comprensión del *estar en el mundo*, pero, también, rearticulando formas de cultura popular, muchas de las cuales conservan trazos míticos prehispánicos e imaginarios y costumbres indígenas. Esto habría conformado ya una poética norteña, según infinidad de críticos, cuyos principios estarían cifrados en las escrituras de Jesús Gardea o Daniel Sada; y habría que sumar las de Carlos Montemayor, Ignacio Solares o Severino Salazar, entre otros. Aunque estas clasificaciones tiendan siempre a homogeneizar.

IV

La llamada cultura popular bien puede ser un indicador de aspectos relacionados con la hegemonía, la subalternidad y los diferentes procesos micro y macropolíticos que acontecen en geografías *complicadas*. William Rowe y Vivian Schelling han mostrado con atinada pertinencia cómo, en apariencia, la cultura popular es fácil de identificar en América Latina. Ésta se encuentra, claro, en productos culturales como las telenovelas, la música tropical y otros géneros "populares", las fiestas, carnavales, las creencias mágicas y las narraciones orales. De ahí que parezca que lo popular pertenece a una esfera bien definida, acotada por dicotomías funcionales que no sólo van de lo culto a lo popular en sí, sino que conllevan juegos de contrarios aun más complicados

como "[...] «vulgar» contra «refinada»; «impura» contra «pura», y así sucesivamente (Rowe y Schelling, 1993: 229). Pero la aparente transparencia de un sistema cultural delimitado se complica cuando la lógica de dicha ontología binaria conlleva una vuelta de tuerca. Sabemos, desde Derrida, que ésta en realidad representa un juego violento de la metafísica según el cual lo "alto" se contrapone a lo "bajo", lo "humano" a lo "animal", lo "doméstico" a lo "salvaje", etc., hasta llegar a un tipo de jerarquía de oposición que se habría instaurado como insalvable en la cuestión colonial y su posterior consecución nacional. En realidad lo que subyace a este juego de representación cultural es la imposibilidad de conciliación entre formas de cultura que provienen de la cultura misma —la única, la occidental—, y que estarían dadas por las leyes naturales —puras en su carácter "científico"—, y aquellas que provendrían de un intersticio "escandaloso" que no responde ni a la cultura ni a la naturaleza.

De ahí que en el contexto norteño, lo popular bien puede presentar modos radicales de descentramiento. Heriberto Yepes habla del mito del "escritor fronterizo". Habla también de otros mitos: el de la República de las Letras; el del necesario desplazamiento del escritor de la periferia al centro; el de la frontera en sí (Yepes, 2004). Desde esta instancia, *el norte* se presenta como un universo mítico, una geografía que por cambiante, dinámica, e inasible, se presta a los modos más amplios de la fabulación. Yepes dice que el mito asegura que el escritor fronterizo debe "resistir" al centro, sobre todo. Y sí, parece que en múltiples sentidos de lo que trata esta narrativa es de modos de resistencia. Resistir a México, resistir a Estados Unidos, al desierto, al provincialismo, a la muerte, a la historia.

De ahí que la literatura más innovadora, dinámica y fuerte de los últimos tiempos en México sea la norteña. En modos diversos, conectados pero diferenciados; transculturales y heterogéneos; comunes pero radicalmente dispares, la literatura de los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sono-

ra y Baja California (los fronterizos), pero también de los estados de Sinaloa, Durango, Zacatecas... conforma un espacio sublimado, que ha atraído a los autores más dinámicos de habla hispana –Roberto Bolaño, sin ir más lejos—, a ciertos consagrados de habla inglesa –como Cormac McCarthy—, pero que también ha generado una suerte de sistema propio –por no llamarlo canon—, junto con otros tantos autores que han venido conformando un espacio común, aunque marcadamente diverso.

Pero también han surgido de este espacio sujetos específicos, como el “extranjero”; y no sólo al nivel de la ficcionalización, sino como sujetos de enunciación-autoría. En este sentido, Yepes dice que ese “extranjero”,

Debe morir en su desgarramiento, como Robert L. Jones, el escritor gringo de San Diego-Tijuana, muerto de alcoholismo en un motel. O Juan Martínez, el poeta gurú de toda una generación, trabajando en las calles de Tijuana, dice la leyenda, viviendo en una cueva. O Horst Matthai, el filósofo alemán refugiado en esta misma ciudad, para escribir sus libros de traducción de los presocráticos y sus alucinantes teorías metafísicas-anarquistas. Todos estos escritores/personajes se vuelven modelo de las siguientes generaciones y así el mito se perpetúa. ¿Un mito masculino? El mito continúa hasta el presente, como un eterno retorno de lo norteño, una tradición maldita o una mala película” (Yepes, 2004).

Y es que en este territorio se erigen, desde hace ya algunas décadas, ciudades emblemáticas que han llegado a conformarse como símbolos cargados de significado: Ciudad Juárez, Tijuana, El Paso, deslindándose de la idea de nación mexicana en gran parte por sus manifestaciones “populares”, tanto desde formas lingüísticas como desde visiones del mundo. Y si ya desde la Colonia o el siglo XIX el norte se presentó como un espacio de aventuras que se nutría con imágenes de aridez, exploración y pionerismo, es en la segunda mitad del siglo XX que se presenta como un territorio en el que formas irrefrenables de cultura popular – en los más diversos e híbridos sentidos— irrumpen y penetran en los imaginarios nacio-

nales y universales, destacando la frontera, que es desde donde se lleva a cabo un doble proceso: la realidad se esconde e invisibiliza, pero también se muestra y hace irrumpir todo aquello que las sociedades nacionales no quieren ver.

En la frontera es en donde se generan y explotan, quizá, mayor número de identidades. Surgen subjetividades que resultan difíciles de entender: ¿quiénes son estos nuevos sujetos? ¿A qué lugar pertenecen? ¿Qué lenguaje hablan? ¿Qué los mueve? Pero, hay que insistir, lo complejo es cómo estas líneas de fuerza y divisiones que afectan a todos los sujetos no son capaces de definir a todas las colectividades y a todos los individuos: ¿qué pasa con los que no tienen oficio, ni clase, ni un lugar en la sociedad capitalista? Éstos, en donde aparentemente son bien representados, es en los artefactos populares, cuyos constructos luego saltan a la fabulación un tanto más “cult”. La diseminación de los imaginarios presentes en “los corridos” es el caso más destacado.

Ahora bien, hay un trecho enorme entre una literatura deslocalizada del centro y vuelta hacia su propia realidad (Gardea, Sada, Elizondo Elizondo) y una etiqueta que en las últimas décadas parece haber eclipsado a dicha multiplicidad de expresiones literarias, la de “narcocultura”, a partir de una serie de publicaciones que habrían trasladado una presencia contextual y constante, ciertamente, la del narco, al centro de sus intereses. Desde esta instancia de lectura, la violencia sería el rasgo destacado con el cual clasificar y unir. Como bien ha hecho notar Eduardo Antonio Parra (2005), esta clase de literatura ni es tan abundante ni es escrita, la mayoría de las veces, por autores norteños. Y más allá del debate acerca de si la *narcocultura* –en su versión literaria y comercial— surge en realidad del “centro” y desde ahí se esencializan las formas y prácticas de vida de una enorme y diversa porción geográfica, aquí estamos interesados en reflexionar acerca de cómo un complejo subjetivo, cada vez más problematizado, sería en verdad el aspecto capaz de unir a esa variedad de expresiones literarias descentradas o re-

centradas, próximas o ligadas a la frontera, y capaces de distinguirse por sus expresiones, técnicas y estéticas heterogéneas y populares, contenedoras de más o menos presencias arcaicas. Este complejo subjetivo lo que revela es la imposibilidad de hablar de una literatura norteña; en todo caso: "literaturas norteñas".

Volviendo a la subjetividad, mucha de la literatura reciente del norte de México se ha apresurado a dar cuenta de sujetos "sin nombre", "sin papeles", "sin clase", o sin cabida en las divisiones de raza, etnia u oficio de los márgenes nacionales. Estos sujetos, sin embargo, y ligados o no al narco o a la migración, desarrollan un papel determinante en la manera en la que se construyen nuevas sociedades e identidades, y en cómo se ejerce el biopoder. De este modo, diversas prácticas de cultura (alta y baja), así como prácticas, tendencias y formas de vanguardia literaria habrían ido estableciendo sus propias continuidades y su propios contextos. Las literaturas urbanas escritas en ciudades como Tijuana son un buen ejemplo de esto último. Pero quizá hay más literaturas, unas que emanan sin centro, sin que se pueda decir son "de desierto", "de frontera", "de Tijuana", aunque participen de estos espacios y los repitan y desdoblen. Algo así sucede en *2666* de Bolaño; o en la segunda novela de Yuri Herrera, *Señales que precederán al fin del mundo* (2010), y ni uno ni otro son norteños.

V

El periodo al que hemos hecho referencia manifiesta tanto continuidades como rupturas con las narrativas nacionales, modernas e incluso contraculturales de la tradición mexicana. Y hay, por lo menos, dos instancias desde las cuales acometer lecturas no centrales. El primero de estos modos sería el de una sublimación explícita de determinados mitos, símbolos y rituales del pasado prehispánico y rural, acaso bajo una reificación abierta y el uso crítico del estereotipo, actividad que renueva el carácter crítico de la parodia, según la lógica de Linda Hutcheon (1993). Y el otro, un espacio en el que el mito se fragmenta, y lo ritual sim-

bólico se resemantiza y actualiza, hasta convertirse en agentes de una reterritorialización que normalmente suele adoptar nuevas identidades —ya no siempre nacionales—, y que muchas veces adquieren una función de resistencia ante los mismos desplazamientos que las provocan. Como ejemplos del primer extremo podemos referirnos a las narrativas concebidas desde la noción de "nueva novela histórica", en las que Carmen Boullosa o Cristina Rivera Garza, por ejemplo, reescriben la historia nacional reciente —desde la subversión genérica—, utilizando explícitamente mitos y personajes —aunque reificados— del pasado prehispánico, de la indigenidad moderna o de territorios rurales y populares, con todo y sus mitologías contemporáneas. Ahora, en cuanto a una literatura en la que lo mítico se rompe, multiplica o difumina en hablas, costumbres, leyendas híbridas, rituales y cosmovisiones, destacan distintas narrativas "geográficas", como las de Jesús Gardea, que ha reactivado un animismo mítico, Luis Humberto Crosthwaite, que ha fabulado y parodiado el dinámico espacio de la frontera, Eduardo Antonio Parra, que ha tematizado y contextualizado la violencia, y ya en esta década, Yuri Herrera —nacido en el "centro" del país, por cierto—, que ha establecido un paralelismo entre el descenso al inframundo azteca y el viaje de los migrantes hacia Estados Unidos, por nombrar un ejemplo de su novela *Señales que precederán al fin del mundo*, plagada de referencias, usos y descentramientos de mitos. En narrativas como ésta última, destaca una urgencia por querer dar cuenta de un universo abiertamente transculturado y altamente híbrido, en donde, sin embargo, ciertos modos "antiguos" —los de la muerte, por ejemplo— se mantienen con fuerza, negando la modernidad, simulando un puente directo entre lo prehispánico y lo postnacional. Y aquí se sospecha que ésta es una forma de crítica radical.

Sin embargo, no todo en estas escrituras provendría de un universo propio, esto sería utópico. De ahí que una cuestión importante, relacionada con la figura del autor que subyace a estas enunciaciones, provenga de una superación de los lindes de lo nacional-

moderno, e incluso de diferentes modos – como primeros atisbos postnacionales— que en la segunda década del siglo XX ya comenzaron a subvertir los espacios de enunciación y la idea del escritor como ente de cultura nacional. Es lo que Roger Bartra identificó, en *La jaula de la melancolía* (1966), como el nacimiento de un “intelectual democrático” que ya comienza a relacionarse con México en un más allá de las narrativas totalizadoras de la nación, incluyendo en sus tramas a sujetos conscientes de las ideologías y las otras caras de las narraciones patrias. Ignacio Sánchez-Prado ha observado en estos autores (José Emilio Pacheco, Sergio Pitol) un peculiar desplazamiento: la sospecha de que la historia nacional es en verdad un espacio complejo, habitado por individuos humanos y no por estereotipos polarizados en dicotomías que van del bien al mal. Por ello los personajes que pueblan estas realidades están ya fuera de las ataduras mitológicas, así como de los “estereotipos moralizantes como una manera de pensar y representar los juegos disciplinares a los que son sujetos los ciudadanos en una sociedad autoritaria” (Sánchez-Prado, 2006: 352-352).

Pero las literaturas heterogéneas, norteñas, superan estas clasificaciones. En éstas, la lectura se concentra no sólo en los modos de enajenación de las élites y las hegemonías, y en sus variantes de disciplinamiento y control, sino, más bien, en cuestiones de emergencia, de localidad, de supervivencia y de una superación, no consciente o medida, de los mensajes y reglas de la sociedad nacional y sus principios. Aquí no se cuestiona el discurso presidencial o se tematiza la crisis, aquí se actúa y se (sobre)vive. Y si en una primera literatura postnacional –*democrática* en su autoconsciencia como artefacto crítico y cuestionador— los códigos de clase, de cultura popular y mediática, de raza y de género, se fueron inscribiendo poco a poco en el cuerpo y la subjetividad del ciudadano (Cynthia Steele, 1992: 88-110), en la desterritorialización que provoca a las literaturas norteñas, dichos códigos, más bien, habrían sido superados por la corporeidad en sí –siempre violeta en su materialidad, pero también en su fugacidad, como

carne— y por una serie de elementos rituales, orales y arcaicos que superarían a los modos centrados de la escritura, la razón y la reflexión política.

Ahora bien, y en relación con el contexto específico que aquí se está reconstruyendo, es importante tomar en cuenta determinadas instancias que problematizan los lugares de enunciación, la posibilidad de identificar la relación con las fuentes, así como la presencia de un proyecto-ideológico identificable. Así, esas diásporas, migraciones, profundas transformaciones de los territorios y resignificaciones de clase, raza y etnicidad, además de fenómenos de la tardomodernidad como la globalización económica, la mundialización de la cultura o la posibilidad de un contexto posnacional, sugieren el incluir algunas categorías de estudio más o menos de reciente emergencia, como podrían ser “frontera”, “subalternidad”, “alteridad” o “posmemoria”, mismas que a su vez se relacionan con los estudios culturales latinoamericanos y la noción de poscolonialidad

VI

Señales que precederán al fin del mundo (2009), de Yuri Herrera, reúne toda esta serie de categorías y posibilidades mencionadas, pero conflictuando incluso los modos de heterogeneidad, ahí en donde esta novela parece serlo desde lo que refleja y desde donde se enuncian. Destacan, en una primera aproximación, *las vidas* de sujetos migrantes, diaspóricos y desplazados muchas veces de todo sistema político y de representación –como un tipo de subalternidad triple, ahí en donde lo indígena enrarece aún más lo legal, lo nacional—. Estas vidas son fabuladas por la voz de un autor que pertenece también pertenece a un sujeto migrante de enunciación: Herrera es un profesor e intelectual mexicano, que se desplazó a Estados Unidos. Además, dentro de los varios conflictos que esta novela refleja, se encuentra el dar cuenta de esa serie de regímenes de control y poder biopolíticos mencionados, que a través de la reproducción de

viejos mecanismos y la implantación de otros – la imagen des-civilizada y premoderna del migrante latino, construida desde grupos de estadounidenses de micro-poder fronterizo, por ejemplo—, controlan los procesos económicos, políticos y sociales. Y no sólo del racismo –aunque este sea el más llamativo—, sino de clase, por supuesto, y también de género: Markina, la protagonista de la novela, muestra una instancia emergente y subversiva de poder, aunque ésta no tenga representación en los sistemas que explican los conflictos de la frontera y por ello mantenga una condición de subalternidad. Pero también de oralidad, ahí en donde el uso selectivo del español, el inglés o versiones translingües muestra quién es y quién, simplemente, *no es*. Y esto no sólo desde la apariencia de la superioridad blanca, puesto que aquí el poder se ejerce rizomáticamente y desde todas las direcciones. Nos encontramos, nuevamente, ante escrituras en un cruce conflictivo, sólo que ahora de múltiples culturas, múltiples sociedades y modos de ser que escapan a las clasificaciones. Para dar cuenta de lo anterior, se puede pensar en los sicarios, cuya identidad parece estar más allá de todo sistema de valores, preceptos religiosos o estructuras sociales, en ese régimen “posthumano”.

Ahora bien, el sustrato mítico-popular que estos sujetos migrantes resignifican con mayor fuerza es la muerte, como bien puede entenderse por el contexto. Y no sólo en su forma más llamativa –esa confluencia de fuerzas ancestrales y de emergencias posmodernas que es “La Santa Muerte”⁶—, sino, como parece

⁶ “La Santa Muerte” representa un constructo complejo que se nutre tanto de aspectos míticos prehispánicos, del llamado sincretismo religioso poscolonial, así como de una diversidad de formas de fe de carácter popular y emergente. Si bien representa una construcción híbrida y múltiple, con diferencias en cuanto regiones geográficas y su relación con determinadas subculturas indígenas, marginales, rurales o urbanas, se puede acceder a una forma más o menos fija en su reciente configuración como forma de culto establecida, hacia finales de los noventa, y en estrecha relación con el asenso de la *narcocultura*. Su presencia en la literatura reciente, en este sentido, va desde lo pu-

que Herrera ha querido mostrar, incluso en esa dimensión que podría representar el primer signo de fractura insalvable en la constitución de lo latinoamericano: lo ritual. En este sentido, Enrique Florescano (1997) ha mostrado cómo algunos de los levantamientos violentos, de carácter religioso, que movieron a grupos indígenas durante el periodo colonial no estuvieron promovidos por el contenido de aquello que se les imponía –el Dios nuevo; Jesús; los Santos—, sino por lo ritual. Lo que les violentaba era más *el cómo* que *el qué*, y aquí la cuestión sería determinar si la repetitiva supresión de lo ritual prehispánico, sustituido por la retórica, en las crónicas de los frailes y en los textos arcaicos traducidos –el conflicto entre oralidad y escritura—, no podría consistir en un microfenómeno discursivo, bajo la forma de un dispositivo no sólo colonial-racial, ahí en donde ciertas liturgias no son adecuadas para la moral, la anatomía y la higiene de los cuerpos; para *mantener* y *reproducir la vida*. Y también, en cómo estos enunciados habrían adquirido una repetitiva vigencia. En este sentido, la escritura de Herrera insiste en la idea de que el problema –desde el que emerge toda violencia— es siempre de modo, de ritualidad. Esto sugiere el desvelamiento de una continuidad problemática, que no es la de lo nacional y sus versiones ordenadas de cultura, sino la de una reiterativa violencia hacia formas de ritualidad no “legalizadas”. Ésta es, sin duda, la función de esta clase de novelas: revelarlas.

De acuerdo a lo anterior, hay en la fabulación de Herrera una cierta insistencia por recuperar una dimensión ritual, al dar cuenta de la intrincada serie de ritos que nutren a los territorios fronterizos y su sistema (propio) de etnias y castas: cómo se cobra una favor; cómo se lleva a cabo una petición de traspaso de la frontera; cómo se comunica el sujeto con sus muertos; cómo se envían mensajes al *otro lado*. La novela, incluso, está estructurada desde una

ramente anecdótico –sobre todo en la *narcocultura*— hasta modos de configuración identitaria o procesos en los que el texto literario se presenta como medio para la reconstrucción de su genealogía.

reapropiación del mito nahua del Mictlán – nivel inferior del espacio humano; el reino de los muertos— y el viaje “fabuloso” que significa descender –yendo hacia al norte— por éste, a través de nueve estadios. Quetzalcóatl lo acomete para buscar los huesos de su padre; Markina va en la búsqueda de su hermano (un inmigrante). Las nueve etapas de este duro viaje son las que estructuran la novela en capítulos, reescribiéndose así el mito. Ésta ya ha sido rearticulado como material literario en la tradición (*Pedro Páramo*), y en lo popular, como en las leyendas. En este caso, más bien, sirve para confrontar la continuidad y la vigencia de un más allá del tiempo de lo ancestral con lo inmediato, fugaz y breve de la realidad fronteriza, heterogénea. Del viaje mítico la novela está plagada de referencias: a Markina le ayuda Chucho a cruzar la frontera; un “chucho” en español mexicano es un perro; los perros ayudaban a cruzar a las ánimas en los imaginarios míticos nahuas.

En todo caso parece, como ya lo propusiera Rulfo, que lo ritual adherido a la muerte –y su posibilidad fantasmagórica— vuelve a ser una instancia para nombrar la fractura, la *totalidad contradictoria*, la *exhaustividad* que Cornejo Polar proponía reconstruir una y otra vez, para que luego fuera deconstruida desde la sospecha de que los mecanismos y dispositivos de la otredad, el racismo y el ocultamiento de la diferencia se encuentran tanto en lo mínimo como en lo máximo; en un discurso mucho más amplio, del cual la escritura es una parte destacada, pero en el que también inciden la oralidad y lo ritual. Y aquí es donde la heterogeneidad, como cuestión implícita a los textos

y sistemas, pero también como perspectiva, es una categoría poscolonial: en su abierto afán heterárquico, en su desplazamiento del sujeto, del discurso y de la representatividad, ya que provoca literaturas que la resemantizan y se proponen como opciones descoloniales; logra ejercer un doble proceso de aproximación al “producto literario”; puede fijarse en la totalidad exhaustiva, pero pone el ojo también en aquello que se descentra, que se esconde, que se desecha, que se oculta y que se resiste a la representación. Lo *impensado*, vamos, lo que en cierto modo continúa siendo un *escándalo*. Aquello que, como sostuvo Derrida en uno de sus más célebres textos, se encuentra en el interior de un sistema que presta demasiada atención a la diferencia entre naturaleza y cultura (Derrida, 1989). Esta diferencia, se cree, en sistemas nacionales y aparentemente homogéneos, habría sido, sino erradicada, sí desplazada hacia los espacios en los que la evidencia sería inevitable: ciudad-comunidad indígena, por ejemplo, ¿pero qué pasa en ciudades fronterizas, pobladas de “ciudadanos” aparentemente homogéneos?

En diversos sentidos, literaturas heterogéneas recientes, como la de Yuri Herrera, conectada a su modo con una continuidad norteña, dan cuenta de estos juegos. De presencias y modos de vida cuya *agencia* demuestra la pertinencia de divisiones totales, y la manera en la que inciden a partir de biopoderes. Y lo novedoso, en todo caso, es el acento que ponen en micropoderes alternos, cuya revelación cuestiona las narrativas del norte y de la frontera en sí, tan prestas a reconstruir fábulas de héroes, víctimas y victimarios.

OBRAS CITADAS

- ARENDDT, Hannah (1998), *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós.
- ASENSI, Manuel (1999), "La subalternidad borrosa. Un poco más de debate en torno a los subalternos", en Gayatri Ch. Spivak, *¿Pueden hablar los subalternos?*, traducción, edición crítica y notas de Manuel Asensi, Barcelona, MACBA, pp. 9-39.
- BARTRA, Roger (1996), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, D.F., Grijalbo.
- BUENO, Raúl (2002), *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*, Lima, UNMSM, Fondo Editorial.
- CASTRO-Gómez, Santiago (2008), "Michel Foucault y la colonialidad del poder", en Mabel Moraña (ed.), *Cultura y cambio social en América Latina*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 209-232.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1978), "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 4, No. 7/8, pp. 7-21.
- . (1994) *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte.
- DELEUZE, G. y Guattari, F. (1997), *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos.
- DERRIDA, Jacques (1989), "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas", en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos.
- FLORESCANO, Enrique ([1996] 1998), *Etnia, Estado y Nación*, México, Aguilar.
- FOUCAULT, Michel (1982), *Hay que defender la sociedad*, Buenos Aires, Editorial Almages-to, 1992.
- . (2004), *El nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009.
- HERNER, María Teresa (2009), "Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari", en *Huellas*, no. 13, pp. 158-171.
- HERRERA, Yuri (2010), *Señales que precederán al fin del mundo*, Madrid, Periférica.
- HUTCHEON, Linda (1993), "La política de la parodia posmoderna", *Criterios*, edición especial de homenaje a Bajtín, pp. 187-203.
- LIENHARD, Martin (1991), *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina 1492-1988*, Hanover-New Hampshire, USA, Ediciones del Norte.
- MENDOZA, Elmer (2001), *El amante de Janis Joplin*, México, D.F., Tusquets.
- MIGNOLO, Walter (2007), *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona, Gedisa.
- MORENO, Elizabeth (2004), "La construcción de la ciudad en la novela norteña", en *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, No. 17, Monterrey, ITESM, pp. 13-31.
- RODRÍGUEZ, Juan José (2005), *Mi nombre es Casablanca*, México, Random House Mondadori.

ROWE, William y Vivian SCHELLING ([1991] 1993), *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, México, D.F., CONACULTA-Grijalbo.

SÁNCHEZ-PRADO, Ignacio (2006), *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la Constitución a la frontera (1917-2000)*, Pittsburgh, University of Pittsburgh (tesis doctoral).

SPIVAK, Gayatri Ch. (2009), *¿Pueden hablar los subalternos?*, traducción, edición crítica y notas de Manuel Asensi, Barcelona, MACBA.

STEELE, Cynthia. *Politics, Gender and the Mexican Novel, 1968-1988. Beyond the Pyramid*. Austin: U of Texas P, 1992.

TARICA, Estelle (2009), "Heterogeneidad", en Mónica Szurmuk y Robert Mckee (coords.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, D.F.: Siglo XXI, pp. 130-134.

VÁQUEZ, Adolfo (2009), "Sloterdijk, Agamben y Nietzsche: biopolítica, posthumanismo y biopoder", en Nómadas, *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Universidad Complutense de Madrid, Nº 23, pp. 291-302. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/23/avrocca.pdf>

YEPES, Heriberto (2004), "El mito del escritor fronterizo", en *La revista de Brian*, Versión 4.1, Monterrey, disponible en <http://www.clubdebrian.com/v4/main.htm>

MAURICIO ZABALGOITIA HERRERA⁷
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

⁷ *Amb el suport del Comissionat per a Universitats i Recerca del Departament d'Innovació, Universitats i Empresa de la Generalitat de Catalunya i del Fons Social Europeu.*